



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

Tenés un mail: Virginia Woolf, newsletters y cuarentena
Rocío Audisio
Letras, (9), e204, artículos, 2020
ISSN 2524-938X | <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/letras>
FPyCS | Universidad Nacional de La Plata
La Plata | Buenos Aires | Argentina

Tenés un mail: Virginia Woolf, *newsletters* y cuarentena

Por **Rocío Audisio**

roaudisio@gmail.com

Centro de Investigación en Lectura y Escritura (CILE)
Facultad de Periodismo y Comunicación Social
Universidad Nacional de La Plata - Argentina

Resumen

Por fuera de las exigencias, la cuarentena y el aislamiento permitieron a quienes podemos estar cómodxs en nuestras casas retomar hábitos y hobbies. En mi caso, leer *Un cuarto propio*, de Virginia Woolf fue uno. Sin embargo, también encontré un formato que desconocía: los *newsletters*. Al pensar detalladamente en este género virtual caí en la cuenta de que la mayoría a los que estoy suscripta son escritos por mujeres. En este artículo, me tomo el atrevimiento de traer a Virginia Woolf para preguntarnos: ¿Qué cuarto propio podemos construir las mujeres, lesbianas, travestis, trans y no binaries en este momento? ¿Se está escribiendo más en el encierro? ¿Qué temáticas tratan estas escritoras en este formato por mail? ¿Por qué es importante que ocupen estos espacios?

Palabras clave

escritura, newsletter, cuarentena, pandemia, Virginia Woolf

En más de 170 días de cuarentena las exigencias respecto a qué debíamos hacer lxs que podemos encerrarnos en nuestras casas con comodidad fueron fluctuando. Pudimos verlo en las redes sociales: hacer pan, incursionar en la masa madre, tomar clases de yoga *online* para calmar los nervios, hacer videollamada con todxs nuestrxs conocidxs –aún con lxs que ya vivían lejos y antes no nos comunicábamos de esta forma–.

Un solo día intenté hacer yoga, seguramente era abril. Me dolía el cuello por tanto uso de la computadora. En realidad, no de la máquina en sí sino por mi mala postura de siempre, pero ahora por el abuso de ella 24/7 sentada en la misma silla y en la misma posición. Entonces les pedí a mis amigxs si sabían de alguna clase de yoga por *YouTube*. Puse el video, me senté en el piso, acomodé una remera doblada emulando un matt y puse *play*. Comencé a adelantar los primeros segundos del video, quería saltar los ejercicios de respiración del comienzo, quería llegar rápido a los movimientos que me iban a sacar el dolor de mis cervicales.

Me sinceré conmigo misma y abandoné rápidamente el trabajo. Buscaba una solución mágica para el dolor, no nuevas formas de aprender a respirar y buscar cierta calma. Para sorpresa de nadie necesitaba lo inmediato. Ni el yoga ni los procesos de nuestros cuerpos funcionan con las lógicas de la inmediatez a las que nos acostumbramos.

En este proceso de sinceramiento, tuve que bucear en mi deseo y evitar las exigencias del entorno. Reitero, pude hacerlo porque puedo quedarme en casa con todas mis necesidades satisfechas. Frente a una pandemia sin precedentes en el pasado cercano, al aislamiento, a extrañar a mi familia, a sufrir nuevos miedos y al bombardeo en redes sociales sobre cómo llenarnos de actividades durante el encierro, tuve que preguntarme varias veces ¿Qué quería hacer con este nuevo tiempo en casa? No iba a barnizar el mueble que compré hace dos años, tampoco volver a intentar practicar yoga, mucho menos probar hacer

masa madre (demasiado tenía con mantenerme alimentada a mí y a mi gato como para tener un ser vivo en un frasco en la heladera). La respuesta no llegó con ninguna iluminación externa. De hecho, fue bastante simple: hacía mucho tiempo no leía por placer.

Aproveché para conseguir libros que tenía pendientes. Intercambié alguno con mis amigas, compré otros, rescaté alguno que estaba perdido en el fondo de la biblioteca. Así pasé por los cuentos de terror de Mariana Enríquez, poemas de Elvira Sartre y la última novela de Malén Denis. Pero finalmente, este momento me dio la excusa perfecta para comprar ese libro que veía muy seguido en esas ediciones baratas de las librerías platenses y siempre lo postergaba: *Un cuarto propio*, de Virginia Woolf.


Este libro concentra la conferencia para estudiantes mujeres sobre el tema «las mujeres y la ficción» que dio Woolf en el año 1928 en la Universidad de Cambridge. Esa conversación se editó y se publicó un año después en el formato de este ensayo, cuyo título podría ser una especie de sinopsis de la propuesta.

Woolf nos lleva por un recorrido que se torna muy gráfico en el que ella misma se plantea diferentes interrogantes. Se preguntó por los nombres, todos masculinos, que aparecían en las bibliotecas; por las condiciones materiales que posibilitaron que esos hombres escribieran las grandes obras de la literatura universal; por las mujeres que escribieron, en qué condiciones lo hicieron y qué críticas recibieron: respecto a los temas que trataban y a si fueron suficientemente buenas. «Es un enigma perpetuo por qué ninguna mujer escribió ni una palabra de esa literatura extraordinaria (...) ¿Cuáles eran las condiciones en las que vivían esas mujeres?» (Woolf, 1929, p. 71), se preguntó.

«Es necesario tener quinientas libras al año y un cuarto con cerradura en la puerta si una ha de escribir» (Woolf, 1929, p. 156) sentenció hace casi cien años. En tanto tiempo el ensayo fue leído, analizado, revisionado y vuelto a analizar muchísimas veces. Si durante el último siglo seguimos estudiando a Virginia

Woolf es porque discutió las circunstancias coyunturales e históricas que posibilitan la desigualdad de género y de clase, y que aún hoy seguimos disputando.


Me sumergí obsesivamente en el ensayo, comencé a pensar constantemente en las condiciones materiales y simbólicas de las mujeres, lesbianas, trans, travestis y no binaries que leo y a preguntarme por sus cuartos propios, por los lugares y el sustento económico que necesitan –necesitamos– para escribir. Comprendí su hartazgo ¿Cómo no hacerlo si seguimos cuestionando lo mismo?



[...] Qué genio, qué integridad debe de haber requerido de cara a toda esa crítica, en medio de esa sociedad puramente patriarcal, aferrarse a la cosa tal como la veían sin achicarse. Solo Jane Austin lo hizo, y también Emily Brontë [...] solo ellas ignoraron por completo las perpetuas admoniciones del eterno pedagogo: escribe esto, piensa aquello. Solo ellas fueron sordas a esa voz persistente, ya rezongona, ya condescendiente, ya dominante, ya afligida, ya impactada, ya furiosa, ya paternal, esa voz que no puede dejar en paz a las mujeres, sino que tiene que estar en ellas como una institutriz. (Woolf, 1929, p. 116)

En tal caso, más allá de la actualidad de este ensayo ¿Por qué volver a traer a Virginia Woolf? ¿Por qué en medio de una pandemia?

Todo el tiempo mi mente se rodea de esas preguntas. Hay semanas en las que todos los días parecen iguales y mi cabeza pareciera una lámpara con baja tensión que queda tenue por horas. Gabriela Borrelli (2020), escritora y periodista lesbiana, lo dijo con mayor claridad de la que podría alguna vez escribirlo:



Estoy entre la desazón y el ridículo, es decir, la desazón y el desasosiego de estar frente a una pandemia que condena a un montón de gente a una enfermedad y, a otra, a una cuarentena que no la puede sostener económicamente.

Entonces, en medio de una pandemia que aumentan las brechas de la desigualdad, la cuestión sigue siendo más o menos la misma que planteó Woolf en 1928, «una vida libre de violencia también exige condiciones materiales y simbólicas» (Revista *Anfibia*, 2020).


En abril Mariana Enríquez publicó un artículo en *Página/12* sobre sus temores y la exigencia de productividad. «Me rebelo ante esta demanda de productividad cuando solo siento desconcierto», (2020) afirmó. Básicamente, estaba cansada de tener que cumplir con las expectativas del rendimiento. En sus propias palabras dijo, «casi todo el tiempo no sé qué decir y constantemente me piden que diga algo. Una columna sobre cómo llevo el confinamiento. Una opinión sobre la naturaleza mutante del virus» (Enríquez, 2020). Sin embargo, casi cinco meses después de esa nota sí hay nuevas publicaciones, por ejemplo, «Diarios: narrativas desde el aislamiento», una recopilación del Centro Cultural Kirchner de reflexiones sobre el presente escritas por diferentes escritorxs y escritorxs argentinxs. Con muchas industrias paradas y con muchxs de nosotrxs encerradxs ¿Todxs escriben más? ¿Qué nuevas historias se están contando? ¿Cuáles son las producciones que surgen en este contexto?

Con Woolf en mi cabeza y las nuevas lecturas de este extraño tiempo hice lo que quizás sea el mayor y mejor descubrimiento de la cuarentena. Llegué a un formato que desconocía, o que nunca le había prestado atención hasta ahora, los *newsletters*. Empecé a suscribirme fanáticamente a ellos y, de repente, casi mágicamente, todos los días tenía varios textos diversos y diferentes para leer.

Pero ¿qué es un *newsletter*? De *news*, noticias; *letter*, carta; podemos traducirlo como noticias en carta o una especie de boletín informativo. Aunque es muy común que las grandes marcas o empresas lo usen para difundir sus productos, ventas, descuentos y nuevas temporadas; también los medios de comunicación envían sus noticias. Sin embargo, lo que me llamó la atención fue la diversidad de géneros que pude encontrar dentro del amplio paraguas de los *newsletters*. Algunos los descubrí buceando en Internet, otros como recomendación en la radio, también entre amigxs nos reenviamos cuando encontramos alguno nuevo. Pareciera ser que hay para todos los gustos.

No solo me suscribí a diferentes entregas sobre la coyuntura, la pandemia y análisis político; sino también encontré muchos otros tan diversos como interesantes. Recomendaciones culturales, análisis científicos, reflexiones y hasta una curaduría de cuentos. Cada día mi casilla de mail se llena de nuevos textos. A veces logro armarme rutinas relacionadas a los textos que van a llegarme y eso, en estos tiempos, no es poca cosa. Preparar mates los domingos a la mañana para leer «Glitchletter» de Malén Denis, desayunar todos los días con «Primera Mañana», de Tomás Aguerre o tomarme un rato para leer un cuento los miércoles a la tarde con «Un césped: cuentos que me encantaron», de Verónica Barrionuevo. Además, estos tres tienen la particularidad de haber comenzado sus entregas durante la cuarentena.

Al pensar detalladamente a cuáles estoy suscripta caí en la cuenta de que la mayoría son escritos por mujeres. Quiero evitar las asociaciones simples por las que un texto tendrá perspectiva de género solo por estar escrito por una feminidad, pero sí rescato la importancia de ocupar estos nuevos formatos y que sean producidos por comunicadoras, periodistas y escritoras que además consiguen una gran difusión. A eso alentó Virginia Woolf a aquellas mujeres en Cambridge, a que escriban sobre cualquier tema:



Por lo tanto, voy a pedirles que escriban toda clase de libros, sin vacilar ante ningún tema por trivial o por vasto que sea. A tuertas o a derechas, espero que posean el dinero suficiente para viajar y hacer ocio, contemplar el futuro o el pasado del mundo, soñar con libros y perder el tiempo en las esquinas y dejar que la línea del pensamiento se hunda hondo en la corriente. (Woolf, 1929, p. 161)

A Gabriela Borrelli (2020) también dijo «no son los poemas un hueco para huir de la realidad sino una intervención activa en el mundo que se desarma y se vuelve a armar». Aunque al menos los *newsletters* a los que pude acercarme no pertenecen a la poesía, comprendo que todo ejercicio de escritura y lectura en cualquier formato es dinámico. Este género en particular crea un contenido disruptivo, que disputa sentidos y pretende conseguir lectores activxs.

En ese sentido, Malén Denis habló de la indagación que le permitía el formato en la primera entrega de su *newsletter*: «Recuperar la visión anterior de las cosas que ya conozco me obsesiona y, es justamente esa obsesión, lo que quiero explorar en este medio que inauguro. Me interesan esos umbrales, expandir la zona del portal lo más posible» (Glitchletter #1, 2020). Además, allí aclaró que sentía estar escribiendo en su diario íntimo.

Siguiendo esta última idea, resalto la sensación de compañía que generan estos nuevos formatos en medio de la virtualidad mediante el vínculo entre escritores y lectores. Efectivamente, estas escritoras consiguieron crear pequeñas comunidades. Agostina Mileo (también conocida como la Barbie Científica) cerró la entrega del 31 de agosto de este año diciendo «pensar que la obligación de dar respuestas reflexivas no viene de un lugar que ocupo sino de una idea de bien común emanada de la interacción grupal me hace creer que puedo ser menos torpe, traste y testaruda...» (2020). La cercanía propuesta aquí es clara, una relación casi íntima entre quien escribe y quien lee esas cartas que se sienten personales.

En esta ruptura de los formatos tradicionales, considero que estas escritoras, aunque traten temáticas muy diferentes entre sí, pueden leerse en la manera de un texto conjunto, producido por mujeres jóvenes que escriben en medio de esta crisis mundial y vienen, a la manera de Woolf, a cuestionarlo todo.

Trazar esta relación entre Woolf y estas escritoras contemporáneas me permitió, por un lado, reafirmar la importancia de aquellas que escribieron en el pasado y que rompieron algunas barreras para que otras pudieran llegar a esos espacios. En las palabras de Woolf «las obras maestras no son nacimientos individuales y solitarios; son el resultado de muchos años de pensamiento en común, de pensamiento del conjunto de la gente, de modo que la experiencia de la masa está detrás de la voz individual» (1929, p. 104).

Si vuelvo a preguntarme por qué seguir estudiando *Un cuarto propio*, de Virginia Woolf pienso en qué mejor manera que evocarla y traerla una vez más para delinear líneas analíticas entre ella y estas escritoras de nuestro presente. Ellas, que además escriben libros y son periodistas en medios masivos de comunicación, con este formato rompen lo tradicional y traen nuevos cuestionamientos. Permiten que pensemos en conjunto todxs, ellas y sus lectores, mientras atravesamos esta crisis colectiva. Lejos de lo que imaginó Woolf, despertás en la mañana y lees en la pantalla del celular que tenés un nuevo mail: un *newsletter* recién salido de una computadora, en cualquier lugar del mundo, listo para disfrutar en casa.

Referencias

Arduino, I. (2020). El peligro de un cuarto propio. *Anfibia*.
<http://revistaanfibia.com/ensayo/el-peligro-de-un-cuarto-propio/>

«Diarios: narrativas desde el aislamiento» (2020).
http://cck.gob.ar/ciclos/diarios_1221

Enríquez, M. (2020). La ansiedad. *Página/12*.

<https://www.pagina12.com.ar/260465-la-ansiedad>

Mileo, A. (2020). Que la ciencia te acompañe. *Cenital*.

<https://www.cenital.com/se-me-acaba-el-argumento-y-la-metodologia/>

Woolf, V. (1929). *Un cuarto propio*. Losada.

Borelli, G. (2020). *Gabriela Borrelli: «Tenemos que ponernos creatives para la producción y la resistencia» / Entrevistada por Gustavo Yuste. La primera piedra.*

<https://www.laprimera piedra.com.ar/2020/05/gabriela-borrelli-tenemos-que-ponernos-creatives-para-la-produccion-y-la-resistencia/>